

¿MARX LENINISTA O MARX DEMOCRÁTICO?

Prof. Dr. Demetrio Boersner*
UCV-UCAB

Abstract

Communists and Right Movements agree in perceiving Karl Marx as a prophet of a totalitarian dogma, but an objective reading of its extensive work shows us a democratic socialist figure and an implacable adversary of any type of autocracy and elitism through his proposal of a popular movement. Several aspects of his thought are compatible with the Christian perception of the world and with the social doctrine of the Church: criticism of political tyranny, rejection of wild capitalism, the objective existence of social classes conflicts, a preferential option for the poor, the importance of the economic factor in the development of History, the concept of "structure", and his historical optimism. In this essay we will try to read some of Marx's political principles that can help us understand the validity and legitimacy of his work for contemporary democratic political proposals.

Key Words: Socialism, Communism, Christianity, Democracy, Authoritarianism, Social Doctrine, Tyranny, Capitalism, Conflict, Economy, Power, history.

Los comunistas y los conservadores o neoliberales coinciden en el empeño de presentar a Carlos Marx como presunto «padre» ideológico tan sólo del colectivismo dictatorial creado por Lenin y los bolcheviques a raíz de la revolución rusa de 1917. Esa coincidencia se debe a que el comunismo tiene interés en

*El Prof. Dr. **Demetrio Boersner** es venezolano nacido en Alemania. Internacionalista, Doctor en Ciencias Políticas. Profesor de Historia de las Relaciones Internacionales y asignaturas afines en la UCV y la UCAB desde 1958 en adelante. Ideólogo político de izquierda democrática. Periodista de opinión. Ex Asesor y ex Director del Ministerio de Relaciones Exteriores y ex Embajador de Venezuela en Bucarest, Estocolmo y Viena. Autor de numerosos libros, ensayos y artículos.

«monopolizar» para su propio prestigio a una de las figuras reconocidamente grandes en la historia universal de las ideas, y en utilizar ciertas ideas marxistas, seleccionadas e interpretadas tendenciosamente, como medio para adoctrinar y dominar a sus militantes. Los sectores de derecha, por su parte, difunden la falsa idea de que Marx fue un «totalitario» y precursor del estalinismo, para desacreditarlo e impedir que los abanderados de una democracia social, incluidos los cristianos socialmente progresistas, estudien los escritos de ese gran pensador y tribuno alemán, y acojan aquellos aspectos del acervo marxista que tengan carácter positivo, humanista y liberador.

La verdad, clara para quien haya leído con detenimiento los 47 volúmenes de las *Obras Completas* de Carlos Marx y Federico Engels, publicados en su versión alemana original primero en Moscú y después en Berlín, es que aquellos grandes hombres no fueron unos fanáticos o tiranos, sino espíritus libres, esencialmente humanistas, que rechazaban al dogmatismo absolutista y defendían la democracia y la libertad de pensamiento y expresión en el seno del pueblo y de la clase trabajadora. A lo largo de sus vidas siempre condenaron con energía cualquier intento de subordinar la lucha social al despotismo de una vanguardia elitesca o de restringir el libre juego de las ideas.

Se acusa a Marx de haber sostenido la tesis de un determinismo histórico rígido que niega el libre albedrío humano y desconoce toda alternativa imprevista. En realidad, él planteó un esquema de desarrollo de la historia humana a través de un interminable proceso de interacciones de factores y fuerzas económicas, sociales, políticas y espirituales distintas y contrapuestas, ocupando el factor económico un lugar determinante sólo *en última instancia*. En ciertos momentos claves, la hegemonía de determinado sector social es sustituida por otra. Pero en todo momento, la historia la hacen los hombres. La evolución histórica general tiende hacia la liberación del ser humano de las sucesivas formas de opresión y de enajenación. Mas el triunfo de la libertad no es inevitable, pues el hombre es falible, y como lo dicen el *Manifiesto comunista* de 1848 y otros escritos de Marx, el venidero choque entre clases sociales antagónicas puede conducir, o a la emancipación definitiva de los oprimidos, o a la destrucción de ambos bandos y de la civilización misma. Para Marx el triunfo final del socialismo y de la libertad es probable, pero no inevitable: «Socialismo o barbarie» es la disyuntiva que se plantea ante la humanidad actuante y sufriente.

Asimismo Marx es acusado falsamente de haber propiciado, o preparado objetivamente, la dictadura del partido comunista con sus órganos de represión y de terror. En realidad, cuando él utiliza el término (sin duda desafortunado y

mal escogido) de «dictadura» de la clase trabajadora sobre el resto de la sociedad, lo que trata de decir es *hegemonía o predominio* de los asalariados y sectores populares. En lo concerniente al rechazo a toda forma de autoritarismo o caudillismo en el seno del movimiento popular y obrero, Marx y Engels son totalmente claros y consecuentes. Con la misma vehemencia con la que condenaban a figuras autocráticas del mundo aristocrático o burgués, tales como Napoleón III, Bismarck y el zar de Rusia, ellos combatían toda deformación autoritaria dentro del propio socialismo. En el *Anti-Dühring*, Engels ridiculizó la pretensión de personajes académicos que pretenden guiar a los trabajadores en forma paternalista. Marx acusó a Bakunin y otros dirigentes anarquistas, de menospreciar a los trabajadores sencillos y asumir actitudes elitistas. Arremetió contra el «comunismo de cuartel», sin libertad individual, que pregonaban algunos revolucionarios rusos. Sobre todo en los años finales de su vida, Federico Engels, el fidelísimo seguidor e intérprete de Marx, multiplicó los escritos a favor de la democracia en el seno del movimiento socialista. El pensamiento debe ser libre entre los trabajadores y deben llegar a sus conclusiones por el debate democrático sin imposiciones autoritarias. En una carta dirigida en 1889 a Gerson Trier, Engels, basándose en las ideas de Marx, ya difunto, insiste en que la restricción a la libertad y la expulsión de minorías inconformes sólo se puede justificar en un partido sometido a las más extremas condiciones de represión y de clandestinidad, pero que en un partido legal toda persecución de minorías es condenable. Es normal que en cada partido se formen tendencias más moderadas y más radicales; hay que tolerarlas a todas y desarrollar la libre discusión de las divergencias.

Otro punto, poco conocido pero de gran importancia para los cristianos, es el del rechazo de Marx a toda persecución antirreligiosa por parte de la izquierda. Se opuso frontalmente a ciertas sugerencias, formuladas por algunos extremistas, de que algún día la religión debería ser ilegalizada. Asimismo condenó todo tipo de propaganda antirreligiosa burda e insultante. Marx era filosóficamente ateo (aunque Teilhard de Chardin, perspicazmente, lo califica más bien de «panteísta humanista»), y creía que la religión desaparecerá por sí misma, en etapas naturales, siendo sustituida por la ciencia positiva. Compartía la idea, tan difundida entre los racionalistas del siglo XIX, de que la religión es «alienante», es un «opio» que distrae las mentes de los retos y luchas de este mundo y pregonaba la resignación ante las injusticias. (Me atrevo a pensar que si viviera en nuestros días y observara las luchas sociales de los cristianos comprometidos, sobre todo en América Latina, cambiaría de opinión). Pero en todo caso, Marx insistió en que cualquier ataque u ofensa a la fe religiosa era

reprobable y, sobre todo, contraproducente, ya que provocaría un espíritu de resistencia y de martirio. A los propios militantes del socialismo no debía exigírseles ninguna posición determinada ante el problema religioso, sino éste debía ser dejado a la conciencia de cada quien, según el principio de que la fe es asunto «privado y no público».

En tenaz lucha contra el concepto de un comunismo autoritario y elitista, Marx se enfrentó al revolucionario francés Augusto Blanqui, a quien admiró por su abnegación y su coraje, sin dejar de discrepar de sus ideas. Denunció que, *«del hecho de que Blanqui concibe cualquier revolución como producto del golpe de una pequeña minoría revolucionaria, se deduce la necesidad de una dictadura después del triunfo de la misma: la dictadura, entiéndase bien, no de la clase proletaria en su conjunto, sino del pequeño número de los que han realizado el golpe, y que, ellos mismos, se encuentran organizados desde ya bajo la dictadura de uno solo o de unos pocos»* (Engels, «Flüchtlingsliteratur», MEW, XVIII, 529-535). Esta descripción que hacen Marx y Engels del modelo de Blanqui se aplica perfectamente a la realidad del comunismo creado y conducido por Lenin y Stalin, por Mao Zedong y Fidel Castro. En lugar de ser «marxista», el movimiento comunista es, en realidad, blanquista, en tanto que Marx queda como fuente de ideas e inspiraciones que, con revisiones críticas, pueden enriquecer el acervo doctrinario de socialistas democráticos, cristianos sociales y todos los sectores que confluyen hacia la lucha por una democracia social como alternativa al autoritario «socialismo del siglo XXI» pregonado desde las alturas del poder establecido.

Marx y cristianos contra tiranías políticas

De lo anteriormente dicho, se deduce que las verdaderas enseñanzas de Marx y del marxismo democrático coinciden plenamente con el contenido antitiránico del cristianismo y del judaísmo profético que le precedió. Las advertencias de los profetas de Israel contra la monarquía misma y las condenas de sus abusos una vez que se estableció; la prédica de Jesucristo contra toda arrogancia y abuso de poder; los pronunciamientos constantes de los padres y maestros de la Iglesia contra la tiranía; el rechazo del cesaropapismo por la Iglesia occidental, la participación luminosa de los mejores cristianos del siglo XX en las resistencias al fascismo, al comunismo y a nuestras tiranías latinoamericanas: todo ello configura un cuadro de coincidencias históricas vividas con las luchas de Marx contra el zarismo y los bonapartismos de su

época. Cristianos y marxistas auténticos, fieles al verdadero pensamiento de su maestro, se unen en la idea de que la *libertad política* es la *precondición* imprescindible para que la solidaridad, o el amor fraterno, puedan dar frutos efectivos y abundantes.

Marx y cristianos en la crítica al capitalismo

El afán de lucro y la propia actividad mercantil o capitalista han sido objetos de críticas durante milenios, por parte de los profetas del Antiguo Testamento, Jesucristo y los Evangelios, los apóstoles en sus cartas, los padres y maestros de la Iglesia, y la moderna doctrina social de ésta. La disyuntiva de escoger entre Dios y Mamón, la dificultad del rico en entrar al reino de los cielos, la práctica de la comunidad de bienes y la prohibición de la usura por la Iglesia original, son ingredientes históricos del cristianismo, que nadie puede ignorar aunque con el paso de los tiempos se reinterprete su significación y su aplicación. Como ya se dijo en anteriores ocasiones, Jesucristo no fue fundador de un movimiento socialista institucionalizado y político, pero su ejemplo y sus enseñanzas de amor, desprendimiento y servicio al prójimo lo alejan de cualquier perspectiva capitalista y lo ubican en un terreno que puede ser calificado de socialista con libertad o socialista democrático.

Paradójicamente, Marx se muestra, por momentos, más favorable al capitalismo y a la clase capitalista, que los exponentes de la tradición cristiana social. En su esquema de la evolución de la Historia con sus diversas etapas, expone y alaba la grandeza y la virtud objetiva de un capitalismo ascendente que derrocó y reemplazó al improductivo feudalismo y renovó el mundo entero, sacudiéndolo creativamente hasta sus cimientos. La visión dialéctica marxiana le reconoce al capitalismo sus méritos históricos, pero luego afirma que su hora ya pasó y que, *en la nueva etapa actual*, ese sistema económico, antes liberador, se ha tomado estructura opresiva y en freno al progreso humano.

Hoy en día, muchos cristianos sociales admiten que el gran pensador acertó en desenmascarar las contradicciones del sistema capitalista en su estado «puro» o «salvaje», con sus consecuencias de crisis cíclicas, concentración de la riqueza, empobrecimiento relativo (no absoluto) de los trabajadores, asimetrías y conflictos insalvables, y subordinación del hombre a las exigencias del capital. Las diferencias entre Marx y la Iglesia estribaban en los remedios propuestos. Marx veía la revolución o toma del poder político por el proletariado y la expropiación de la clase capitalista, a veces por vía violenta y otras veces en

forma gradual, como la única solución definitiva. La Iglesia por su parte, comenzó por buscar la solución a través del entendimiento entre el capital y el trabajo y la aproximación a un equilibrio justo. De un lado se hablaba de lucha de clases, y del otro, de paz social.

Hoy en día, sin embargo, estas dos posiciones se están aproximando. Los marxistas críticos y democráticos, que no ha tomado el camino del partido comunista, estudian con atención las últimas cartas de Engels en las que hablaba de la posibilidad de transición pacífica del capitalismo al socialismo. Reconocen que Marx subestimó la capacidad de las sociedades democráticas de desarrollar vías de transición sin violencia, mediante los mecanismos del moderno «Estado de bienestar» o la «economía social de mercado». Asimismo reconocen que del seno del propio capitalismo surgieron propuestas progresistas, como las del economista inglés John M. Keynes. Por el otro lado, los cristianos sociales ha aprendido por experiencia que los ricos son reacios a aceptar sacrificios si no se les presiona «desde abajo» mediante reivindicaciones enérgicas de los trabajadores y el pueblo. El marxismo democrático ya acepta que, en lugar de revoluciones violentas, pueden ser efectivas las reformas pacíficas. Y el cristianismo social entiende que la lucha reivindicativa de los explotados y excluidos, con responsabilidad y sin odio, es justa y necesaria.

Marx y cristianos ante la lucha de clases

Existe una diferencia fundamental entre el concepto de «lucha de clases» o «lucha social» y el de «odio de clases» u «odio social». Lo primero es una realidad histórica y sociológica objetiva, que se deriva de la dinámica de una sociedad dividida entre sectores hegemónicos y subordinados, y no necesita estar acompañada de apasionamientos hostiles, en tanto que lo segundo es generalmente el producto de provocaciones e incitaciones subjetivas.

Marx afirmó que los grandes enfrentamientos entre clases dominantes y dominadas constituyen un fundamental «motor de la Historia». Pero durante toda su vida rechazó el sentimentalismo y los rencores, y predicó que una estrategia transformadora de la sociedad debe ser llevada adelante con cabeza fría, desapasionadamente, con la comprensión del hecho de que la libertad humana todavía es muy limitada. Paso a paso, el hombre se emancipará de las cadenas de la necesidad que le imponen sus condiciones materiales y culturales, pero hoy por hoy tanto el pobre como el rico viven condicionados por fuerzas externas y no pueden ser considerados enteramente responsables de su actuación

política y social. De allí que la lucha tiene sentido pero el odio no se justifica.

La Iglesia cristiana, por su parte, tiene conocimiento y conciencia del conflicto entre pobres y ricos —y su opción preferente es a favor de los pobres— desde el Sermón del Monte y el proverbio del pobre Lázaro hasta nuestros días. En realidad, entre el sentido del cristiano de opción por los pobres, y el apoyo del marxista democrático y crítico a la lucha sindical obrero- campesina y a las exigencias transformadoras de los partidarios de la democracia social, no existe contradicción ni diferencia.

Importancia de lo económico en la evolución histórica

Se decía tradicionalmente que existe una contradicción insalvable entre el «materialismo» marxista y el «espiritualismo» cristiano. En efecto, una de las mayores contribuciones de Marx a las ciencias sociales fue su insistencia en el hecho de que los hombres deben comer antes de poder desarrollar grandes obras del pensamiento, y que las admirables culturas de la humanidad necesitan una base económica que las sustente. De allí desarrolló igualmente la idea de que los conflictos entre seres humanos, y sus iniciativas creadoras colectivas suelen ser ocasionadas en última instancia, a veces sin que las propias personas se percaten de ello, por las cambiantes necesidades materiales y las relaciones de la sociedad con los factores económicos. Antes de Marx, la ciencia social solía tratar de explicar los sucesos colectivos por una dinámica de ideas abstractas, sin investigar como éstas se originaban y qué nexo tenían con la realidad concreta de la vida humana: la forma en que determinada sociedad se alimentaba y trabajaba cotidianamente.

Pero no por ello Marx negaba la grandeza del espíritu humano. A diferencia de lo que pretenden algunos vulgarizadores del marxismo, jamás dijo que lo económico o material constituye una infraestructura que domine por completo a la supraestructura política, cultural y psíquica. Lo que afirmó fue que existe una permanente relación dialéctica —acción-reacción— entre el hombre y su medio económico y social. Las condiciones reales, entre las cuales el factor económico es de singular importancia, influyen y condicionan la acción humana, pero paulatinamente irá creciendo el ámbito de la libertad del hombre y disminuirá el de la causalidad material.

Desde entonces hasta hoy, la mayoría de los historiadores y científicos sociales (incluidos los cristianos) han acogido como parte indispensable de su metodología el análisis de la base y dinámica económica de las sociedades. No

todos concuerdan en que el factor económico es, como lo decían Marx y Engels, el más importante en última instancia, pero todos reconocen que es muy importante. En el caso de la historia de Venezuela, por ejemplo, sería una grave omisión hablar de la modernización del país a partir de 1936, sin dedicar una gran atención al análisis del factor petrolero, o hablar de la época de Páez sin mencionar el café como base del ingreso del país.

Para quienes creemos que el hombre *primero* fue hecho de polvo y *después* recibió el divino soplo de la vida, y creemos que Abraham *primero* decidió irse de la tierra de Ur porque él y su familia tenían hambre, y *después* recibió su sagrado encargo de Dios, no debe presentar ninguna dificultad la aceptación de la gran importancia del factor material o económico en la historia humana.

La noción de «estructura» y el optimismo histórico

Marx fue quizás el principal pionero de la noción de «estructura» en las ciencias sociales. Señaló que existe un engranaje de procesos económicos, sociales, políticos y culturales en interacción dinámica, que constituyen la base o el marco de todo acontecer humano en determinado momento de la historia. Los hechos anecdóticos o casuales se desarrollan sobre la base o dentro del marco de estructuras de mayor duración. Paulatinamente las estructuras cambian o son sustituidas por estructuras nuevas, pero cada período de la historia se caracteriza por determinadas estructuras que marcan y definen el conjunto de la vida social. La cambiante interrelación de las clases sociales y sus respectivos intereses, la cambiante «correlación de fuerzas» entre factores tradicionales y factores nuevos, son para Marx los aspectos definidores resaltantes de la estructura de cada época histórica.

Como ya lo señalamos antes, Marx no era rígidamente determinista ni creía en inevitabilidades absolutas. Dejaba la puerta abierta a lo imponderable y lo imprevisto, y le gustaba citar lo dicho por Goethe: «Gris es toda teoría; verde es sólo el árbol de la vida». Sin embargo, junto con Engels confiaba en la probabilidad de un progreso de la Historia a través de grandes etapas sucesivas, condicionadas por la dinámica de sus estructuras. Veía un gigantesco panorama de avance de la sociedad desde el tribalismo primario, a través de formas sociales contradictorias y complejas (formación asiática, formación esclavista grecorromana, formación feudal y formación capitalista o burguesa), hacia un futuro socialismo que pone fin a la explotación de los unos por los otros y abre

el camino hacia el «Reino de la Libertad», en el cual el ser humano, liberado de toda tiranía o compulsión externa, superará su «enajenación» y hallará la plena armonía de su personalidad en sí misma, con los demás seres humanos, y con el universo. Federico Engels, quien poseía cierta tendencia hacia un misticismo panteísta, extendió esa perspectiva hacia la evolución del cosmos en su totalidad, en el fascinante prólogo de su libro *Dialéctica de la Naturaleza*.

Sin duda los cristianos, acostumbrados a la noción de la evolución redentora del hombre y del universo por obra del Cristo resucitado y de su Espíritu, nos sentimos en terreno familiar cuando leemos y contemplamos el panorama del optimismo universal de Marx y Engels. Una concepción noble, de redención y superación gradual del ser humano hasta sus posibilidades más excelsas. Evidentemente, en esa concepción falta Dios y falta la dimensión celestial. Engels cree, como algunos filósofos griegos, hindúes, y de la América precolombina, que el cosmos, la vida y el espíritu llegarán a un punto de evolución máxima, y luego recaerán en la nada. Pero afirma con profunda convicción, que el proceso dialéctico evolutivo recomenzará luego y alcanzará las mismas alturas, y así continuará eternamente.

Visión histórica y cósmica optimista como la cristiana y compatible con ella hasta el punto al que llega, aunque evidentemente le falta la visión de la trascendencia divina y de la eterna salvación personal.